

Domingo Vigésimo Octavo del Tiempo Ordinario 10 de Octubre de 2010

“¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?”

La idea central del relato evangélico es el proceder agradecido del samaritano, actitud digna de subrayar teniendo en cuenta la enemistad entre judíos y samaritanos.

Se dice, y con razón, que de bien nacidos es ser agradecidos. El agradecimiento es una de las actitudes que más dicen de la nobleza del ser humano. Por eso una de las causas más antiguas de las quejas del hombre es el desagradecimiento. Pocas cosas saben tan mal a una persona como topar con un desagradecido. No es extraña la queja de Jesús al ver que de los diez leprosos curados solo uno lo agradece.

En nuestro caso los desagradecidos son los nueve judíos que se consideran los elegidos de Dios, por pertenecer al pueblo de Israel, y por tanto con méritos propios. Cumplidores de la Ley van a presentarse al sacerdote según la indicación de Jesús para que certifique su curación. Se sienten curados cuando iban a cumplir la Ley como consecuencia de ese cumplimiento, conducta justa e intachable. Aquí el favor de Jesús no cuenta para nada. Todo es mérito de un cumplimiento, como el fariseo de la parábola que ante Dios presentaba su lista de méritos porque cumplía escrupulosamente la Ley (cfr. Lc 18, 9-14). Los nueve piensan en ellos mismos sin un sentimiento de reconocimiento y gratitud.

El extranjero, el samaritano es quien, de verdad, agradece a Jesús el favor recibido como consecuencia del reconocimiento de su situación real: un pobre hombre marginado, no del pueblo elegido, pero que por la compasión y el amor de Jesús ha sido salvado. Su respuesta es un agradecimiento que es un cambio de vida (se volvió), cambio que le hace testigo de Dios (alababa a Dios a voces), reconociéndose deudor de un único Señor (se echó a los pies de Jesús), sabiendo que Jesús es de verdad salvador (dándole gracias). El agradecimiento es lo que le ha salvado de un mundo egoísta, cerrado sobre sí mismo. Un agradecimiento activo, lleno de vida, hecho más de obras que de palabras.

Los nueve ya no se acuerdan de aquel grito desgarrador: “Jesús, maestro, ten compasión de nosotros”. No vuelven a Jesús. Les urge cumplir la Ley. Han sido curados, pero no salvados. El samaritano, en lugar de ir con los otros a cumplir la Ley, “vuelve sobre sus pasos” glorificando a Dios, dando gracias a Jesús. No solamente se vio curado, sino también salvado, porque su sencillez y sincero

agradecimiento le acercó a Jesús desde la realidad de su vida destrozada. Jesús le mira y le dice: "Levántate, vete; tu fe te ha salvado".

Volver a Jesús y darle gracias es reconocer que la propia vida ha dado un giro desde el encuentro con El transformando radicalmente a la persona. Para adoptar esta postura de agradecimiento, hace falta reconocer que Jesús no nos debe nada, que su acción para con nosotros es totalmente gratuita. Solo quien descubre este amor generoso y gratuito de Dios, puede volver a El agradecido.

El agradecimiento no es la actitud más frecuente en nuestra vida cristiana. De palabra es posible, pero desde el fondo del corazón, ya es otra cosa. Pedimos mucho, nos sentimos con derecho de que se nos eche una mano, pero olvidamos un gracias salido de lo íntimo del corazón.

El mismo acto más grande de acción de gracias que tenemos los cristianos, la Eucaristía, fácilmente la convertimos en ocasión de pedir y más pedir, de recuerdo de nuestros difuntos, en un mero cumplimiento de una ley, y algunas veces en un acto más del programa de fiestas del Patrono o la Patrona. Nos olvidamos de dar gracias a Dios y son muchos los beneficios que de El recibimos. Que como el samaritano sepamos ser agradecidos, y así nos sentiremos salvados.

Joaquin Obando Carvajal